El Doctor Monardes, sus libros y su Museo

He hablado ya en otra parte del médico sevillano que dió a conocer en toda Europa las virtudes terapéuticas de los vegetales del Nuevo Mundo.

El doctor Nicolás Monardes fué práctico insigne y uno de los hombres que con mayor vehemencia sentían el encanto de la naturaleza americana. No estaba solo. Rodrigo de Zamorano, cosmógrafo de la Casa de Contratación de Sevilla, era igualmente aficionado a los exotismos que llegaban de occidente y había formado en su casa un primoroso museo. Gonzalo Argote de Molina se entregaba también a los trabajos del coleccionismo, y reunió ejemplares tan raros, que cuando estuvo Felipe II en Sevilla, examinó personalmente los objetos reunidos por el curioso genealogista. Pero el doctor Monardes no se limitó a hacer adquisiciones y a reunirlas cuidadosamente, sino que, además, observó y experimentó, y registrando sus observaciones y experiencias, difundió en todo el mundo sabio un conjunto de noticias que fueron el origen de nuevos ramos del conocimiento.

Quien visite el riquísimo departamento de Ultramar, que es orgullo de la Biblioteca Nacional de Madrid, y obra principalmente de don Pascual Gayangos y de don Justo Zaragoza, beneméritos americanistas, podrá ver un libro, forrado en pergamino, pequeño por el volumen y valiosísimo por el contenido de noticias y emociones que atesora. Ese libro se llama así: «*Primera y segunda y tercera partes de la Historia medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina. Trata de la piedra Bezaar y de la yerba escuerçonera. Diálogo de las grandezas del Hierro y de sus virtudes medicinales. Tratado de la nieve y del beber frío. Hechos por el Doctor Monardes, médico de Sevilla. Van en esta impresión la tercera parte y el diálogo del Hierro nuevamente hechos, que no han sido impresos hasta ahora. Do ay cosas grandes y dignas de saber. Con licencia y privilegio de Su Majestad. En Sevilla. En casa de Alonso Escribano. 1574.*»

La primera parte de este libro se había publicado en 1565, y en 1569 se hizo nueva edición. La segunda parte fué impresa en 1571. Era de notar el título de esta edición que decía: «*Do se trata del tabaco y de las sassafras y del cardo sancto y de otras muchas yerbas y plantas, simientes y licores, que ahora nuevamente han venido de aquellas partes, de grandes virtudes y maravillosos efectos.*»

Las tres partes, publicadas en 1574, como queda dicho, se reimprimieron en 1580.

Entretanto, la obra de Monardes corría por Europa, en latín, en francés, en inglés y en italiano. No sólo se traducía y comentaba este libro famoso, sino lo que más importa, se le continuaba con apasionante interés. El autor había fundado una escuela y había dado al mundo algo más que un conjunto de noticias. Comunicábale una nueva curiosidad interpretativa de la naturaleza americana, que empezaba a ser conocida por las descripciones de Oviedo.

Monardes no visitó el mundo americano. O no pudo hacerlo, o lo que más probablemente sucedió, dado su punto de vista especial de médico, estimó que en aquellos primeros días de la investigación científica americana, sería más conveniente concentrar datos utilizables, que hacer un viaje para acumular noticias inconexas. Su orientación era la del práctico, no la del botánico que inspiró la grandiosa empresa de Francisco Hernández.

* * *

El Doctor Monardes acudía al desembarcadero de la Torre del Oro cada vez que llegaba una expedición de las Indias, y de seguro recogía alguna consignación que le enviaban sus amigos y corresponsales de Veracruz, de Santo Domingo, de la Tierra Firme o del Perú. En la puerta del Arenal se encontraban Monardes y sus émulos, pues no eran pocos los que como él visitaban el puerto de las Muelas, en busca de plantas, semillas, raíces o minerales que traían cuidadosamente los maestres, pilotos, marineros, pajes, oficiales, soldados, mercaderes y viajeros. Los envíos a Monardes tenían una regularidad que casi les daba carácter oficial, como los que se dirigían al Rey o a la Casa de Contratación. Las sorpresas de las novedades poblaban de rumores aquella ciudad inquieta y ávida de noticias. Mucho había aprendido Sevilla; mucho había visto. El Alcázar estaba

lleno de «raros árboles y plantas, cuyas semillas, traídas del Nuevo Continente, por expreso mandato de D. Felipe II, presto arraigaron en esta tierra, siendo copiados por el pincel de Juan de Campaña, hijo del insigne pintor bruxelense Pedro de Kempeneer. Todas estas grandezas las ha borrado el tiempo, y en gran parte la mano del hombre, más perjudicial a veces que el transcurso de los siglos» (1).

Pero entonces no sólo se conservaban con solícita dedicación las plantas de América, sino que médicos y profanos abrían discusión acerca de sus excelencias o de los daños que algunos les atribuían. ¿Olvidaremos que en 1642 fueron excomulgados los fumadores? Ya referiré cómo cayó el tabaco de su trono de sustancia medicinal, para ser en cambio un artículo de comercio tan venenoso como productivo. El cardenal D. Gaspar de Borja, arzobispo de Sevilla, prohibió bajo pena de excomunión, *latae sententiae,* que los sacerdotes tomasen tabaco una hora antes o una hora después de celebrar el sacrificio de la Misa. El Papa Urbano VII expidió un breve contra los que tomasen tabaco en las iglesias del Arzobispado de Sevilla, bajo pena de excomunión. El breve pontificio es del 30 de enero de ese mismo año de 1642, y fué expedido a solicitud del Cabildo de la propia iglesia. En la severa disposición se especificaba que la prohibición debería entenderse no sólo respecto del interior de los templos, sino de los atrios y ámbitos, ya se consumiese el tabaco en polvo, mascado o en humo. Tales son los términos con que habla de esto Hurtado en su *Tratado del Tabaco y Chocolate* (2). Matute y Gaviria dice en sus *Noticias* que el breve «se publicó entre los dos coros de Nuestra Santa Iglesia, el domingo 27 de julio de 1642».

A semejanza del tabaco, muchos simples habían comenzado por ser honrosamente incluídos entre los recursos terapéuticos y por verse dotados de virtudes maravillosas que gratuitamente se les suponían.

Puede asegurarse que sin la ilusión con que los aficionados al estudio recibían en las barbacanas del Guadalquivir las noticias que les trasmitían los recién llegados acerca de las plantas medicinales, el empeño experimental habría sido bien lánguido.

Aquellas primeras impresiones son todo un poema. Recordare-

---

(1) Gestoso y Pérez. *Sevilla monumental.* T. I. pág. 403.

(2) Fol. 109, núm. 206.

mos, para no citar sino un ejemplo entre mil, las palabras con que Monardes comunica sus primeros datos y sus primeras indicaciones sobre el liquidámbar.

«De Nueva España—dice—traen una resina que llamamos Liquidámbar, y uno como azeyte que llamamos azeyte de Liquidámbar, que quiere decir cosa adoratíssima y preciosa, como ámbar o aceyte della. Entrambas cosas de harto suave y gracioso olor. El Liquidámbar es rezina sacada por incisión de unos árboles de mucha grandeza, muy hermosos, acopados de muchas hojas, los cuales son como Yedra, llámanlo los Indios Ocoçol, lleva la corteza gruessa, cenizienta: herida esta corteza o concavada, echa de si el Liquidámbar espesso, y assi lo cogen, y porque la corteza tiene un olor muy suave, la quebrantan y la mezclan con la resina, y ansi tiene quando se quema con ella mejor olor, tanto que do quiera que ay estos árboles, ay un suavissimo olor por todo el campo. Quando los Españoles la primera vez aportaron aquella parte do los ay, y sintieron tanto olor, pensaron que avia alli especeria y que eran árboles della.

»Traese mucha quantidad de Liquidámbar a España, tanto que traen muchas pipas y barriles dello, por via de mercaderia, porque acá se aprovechan dello, para zahumar, y en cosas de olores, gastándolo en lugar de Estoraque, porque su humo y olor paresce ser dello, y assimismo lo echan en otras confectiones olorosas, como pastillas, pevetes, y cosas semejantes. Echa de si tanto olor sin que se queme, que do quiera que está, no se puede esconder, porque penetra muchas casas y calles su olor, quando es en cantidad.

»Sirve mucho en medicina, y haze en ella grandes efectos, porque calienta, conforta, resuelve e mitiga dolor.»

*
* *

Para la mejor inteligencia de esta deliciosa y fragante página de americanismo, bastará dar una breve explicación del afán con que los españoles buscaban en el Nuevo Mundo la canela, el clavo, la pimienta, la nuez moscada, la macis, la almástiga, el jengibre, el almizcle, la algalia, el estoraque, el benjuí, la casia, la mirra, el incienso, el sándalo, el lináloe, el alcanfor, el ámbar y otras materias preciosas que formaban los grupos de la especería, gomas, resinas aromáticas,

plantas medicinales y productos aplicables en la industria. Todo ello procedía del Oriente. Mientras duró la creencia de que el Mundo Americano era un extremo del Asia, los españoles recorrieron mares y tierras, movidos por la pasión de las riquezas del mundo vegetal, que con la de las perlas, los diamantes, los rubíes y el oro, se buscaba en los países nuevamente descubiertos y apenas explorados. Después, cuando pudo determinarse en las nociones geográficas la existencia de un mundo distinto del asiático, y separado de él por la insospechada extensión del Océano Pacífico, la fantasía del explorador siguió sumisa a la obsesión de los esplendores orientales. De allí que en cada uno de los árboles, plantas, flores, gomas y resinas de América, creyese encontrar alguno de aquellos tesoros que llevaban las flotas portuguesas a los muelles de Lisboa.

Nada tiene, pues, de extraño que Monardes, al trasmitirnos las relaciones que se le hacían del país en que nace el liquidámbar, anote con tanto cuidado que los españoles pensaron haber descubierto alguno de los paraísos de la especería.

El médico sevillano dice que Ocoçol es el nombre dado al liquidámbar por los indios. Efectivamente, D. Cecilio A. Robelo habla en estos términos del Ocozol: «(OCOZO-CUAHUITL: *ocozotl* u *ocotzol,* resina de acote; *cuahuitl,* árbol: *Arbol del ocozol* o *trementina.)*—Arbol de 8 a 10 metros de altura, que tiene las hojas divididas en gajos, las flores sin hojas, y por fruto, una caja aovada y leñosa.—(OCOTZOTL u OCOZOTL: *ocotl,* ocote; *zotl* o *tzotl,* suciedad: suciedad del acote.)—La resina llamada liquidámbar.—Llámase también esta sustancia: bálsamo copalma, estoraque y malipenda. En el latín técnico es: Liquidámbar, *styraciflua.*»

Dábasele el nombre de estoraque por analogía con la goma aromática del Oriente, y el de copalma por derivación de copalina y copal, aztequismo que se abrió paso en todos los idiomas de Europa, y que, como dice Clavijero, «es genérico y común a todas las resinas,» si bien se aplica más generalmente a las que dan incienso. El escritor mejicano añade que hay diez especies de árboles que dan esta clase de resina, y que el copal, llamado así por antonomasia, es una resina blanca y transparente que sale de un árbol grande, de hojas parecidas a las de la encina, aunque mayores, y de fruto redondo rojizo. «Esta resina es bien conocida en Europa con el nombre de *goma-copal,* y se emplea en la medicina y en hacer barnices.»

Tan conocida era que Lope de Vega, sensible a todas las bellezas del Mundo Nuevo, pregunta si éste

¿Es dónde pescan coral
Que lo verde en rojo muda?
¿O la perla alba oriental?
¿O dónde hay árbol que suda,
Bálsamo, ánime y copal?

Es decir, donde se da el curbaril, planta productora del ánime, que, con el liquidámbar y el copal, ejercía una de las dominaciones mercantiles más extensas y duraderas.

¿Lope de Vega aprendió en las calles y plazas de Sevilla los secretos de América? ¿Se los revelaron en los mentideros madrileños? ¿Por qué no suponerle, en parte al menos, influído por las obras de Monardes? Sábese que Lope de Vega todo lo leía, y sábese que todo lo aprovechaba, asimilándoselo con aquella su genial avidez, abierta a las más disímiles impresiones.

Imaginémosle, pues, leyendo en el texto de Monardes, para componer la fantasía del barco que, amarrado durante la noche de San Juan a la entrada de una de las huertas ribereñas del Guadalquivir, fué arrebatado a las tierras antárticas, y amaneció de nuevo en Sevilla, adornado de follajes, que el arraez creyó haber cortado en una vega andaluza. Lope de Vega lo describe de este modo:

«Estaba por la tarde con su dueño,
A la orilla de agua el barco atado,
Cuando algunos indianos, viendo el leño
De mil árboles indios enramado,
Bejucos de guaquinos,
Camaironas de arroba los racimos,
Aguacates, magüeyes, achiotes,
Quitayas, guanas, tunas y zapotes,
Preguntaban de dónde había traído
Arboles que en la India habían nacido,
Tan frescos a Sevilla.
El arraez juraba
Que los cortó de la primera huerta
Que cerca de la orilla
Del Betis claro a media milla estaba,
Dejando los marchitos que llevaba,
Sin ver la gente o descubrir la puerta;
De donde se entendió por cosa cierta,
Y porque declaró que había tenido
Un sueño que le tuvo en tanto olvido
Que aun despertando le turbó la vista,
Que fué y vino la noche del Bautista,
Pues no hay otra razón que se presuma,
Desde Sevilla al reino de Tucuma.»

Ir a las Indias y volver en una noche, era privilegio que en la apariencia simbólica de un barco de hechiceros, realizaba el deleitoso libro de Monardes, para ver y traer, como dice el autor, «cosas que jamás en estas partes, ni en otras del mundo han sido vistas, ni hasta oy sabidas, y otras que si las tenemos en estas partes, exceden en la mucha abundancia que dellas nos traen.» De esas cosas no son la plata, el oro, las perlas, esmeraldas y turquesas, no son los papagayos, monos, grifos, leones, gerifaltes, neblíes, azores y tigres; no son la grana, el azul, el algodón, los cueros, los azúcares, el brasil, el estaño y el cobre las que más importan al espíritu generoso de Monardes. «Allende de estas riquezas tan grandes, nos embían nuestras Indias Occidentales muchos árboles, frutos, simientes, licores, piedras que tienen grandes virtudes medicinales, en las quales se han hallado, y hallan, muy grandes efectos que exceden mucho en valor y precio a todo lo susso dicho, tanto quánto es más excellente y necesaria, la salud corporal, que los bienes temporales: de las quales cosas, todo el mundo carecía, no sin pequeña falta nuestra, según los grandes provechos que vemos que del uso dellas se consiguen, no solo en nuestra España, pero en todo el mundo.»

No un barco de quimera: cien barcos de realidad que anualmente llegaban a los muelles de Sevilla, ponían en las manos activas de Nicolás Monardes los tesoros indianos. Ese puerto y escala del mundo occidental, donde se tenía «mejor relación y mayor experiencia» de las cosas trasatlánticas, fué la escuela en que cursó Monardes más de cuarenta años, «experimentando en muchas y diversas personas, con toda la diligencia y miramiento posible, y con felicíssimos sucesos», los simples que le llevaban cuidadosamente de las Indias.

Sevilla no ha olvidado a Monardes. Por lo menos hay una calle que recuerda su nombre. También le conoce el mundo sabio. Sus obras son rarezas de bibliómanos. Pero ni la supervivencia local ni la esotérica son bastantes para honrar la memoria del hombre que durante medio siglo se consagró a una obra grande, útil y bella, merecedora no sólo de encomio, sino de estudio y difusión en todos los países de habla española.

CARLOS PEREYRA.